Y mal habitados por lo general.

Las prostitutas no viven en ellas.

Acuden á pasar algunas horas durante la noche ó durante el dia, segun les plazca.

Las matronas que esplotan estos establecimientos, simular por lo regular, alguna industria honrada.

Venden ó limpian guantes.

Fabrican camisas.

Son lavaderas.

Perfumistas.

Costureras, etc.

Se quedan con la mitad de la ganancia de las prostitutas, al igual de las dueñas de las casas de prostitucion, propiamente dichas.

Hacen frecuentes servicios á la Administracion, denunciando á las prostitutas inscritas que acuden á ocultarse en su casa, para escapar de la visita,

O denunciando tambien á las clandestinas, que abrigan en su casa su ilícito comercio.

Como se hallan á merced de la policía, deben merecer á toda costa su benevolencia.

Desgraciadamente, muchas casas semejantes escapan á la vigilancia de la policía.

Son pequeños almacenes;

Falsos talleres;

Finjidas tiendas;

A ellas acuden jóvenes secretamente reclutadas.

Y clientes discretamente escogidos.

Los cuales escapan con facilidad á la atencion de los agentes.

Existe tambien un gran número de anfibias fondas que ofrecen al libertinage y á la prostitucion un asilo momentáneo, bajo pretesto de dormir, por la noche.

(Por dos personas, 3 ó 4 francos).

O, lo que es todavia más peligroso:

Restaurants;

Cafés;

Tabernas...

Cervecerias, etc.

Que favorecen el libertinage bajo pretesto de consumo.

Por poca que este séa, «en un gabinete particular,» siempre se paga, al menos, á 2 francos.

A establecimientos de esta clase es adonde se dejan conducir ó conducen, por la noche, las obreras que tardan mucho á volver á sus casas...

Que se detienen en los escaparates de las tiendas...

Y que meditan añadir un suplemento de 5 francos, á un jornal de 75 céntimos.

Cuando la clientela de estos establecimientos se multiplica, conviértense en verdaderas huroneras.

Los ajentes de la autoridad tienden sus redes en torno suyo...

Y capturan con la mayor facilidad á los delicuentes.

Las viejas prostitutas miserables, gastadas y carcomidas, á quienes la prostitucion no produce ya sino salarios insuficientes, indican la morada de las más jóvenes.

O las acompañan por los paseos.

O conducen á las casas de citas á los estrangeros que encuentran por las calles.

Ciertas mugeres viejas, que ejercen miserablemente las profesiones de fruteras, traperas,

Vendedoras de mil objetos diferentes;

Envian á los libertinos á tales casas, persuadiéndoles de que encontraran, en ellas, obreras obligadas á añadir algunos recursos á su salario del dia;

Actrices sin ajuste;

Mujeres abandonadas.

Viudas pobres,

Y algunas veces, hasta llegan á prometer jóvenes vírgenes.

Estas indicaciones se pagan con dinero.

¿Y qué es lo que los libertinos encuentran en esas citas misteriosas?

Prostitutas inscritas,

De las diseminadas por la ciudad;

O de las relegadas en determinados barrios.

Las obreras sin trabajo,

Las cocineras,

Las camareras,

Las niñeras...

Y otras de clase asi, sin colocacion, acuden algunas veces clandestinamente á hacer concurrencia á las prostitutas inscritas.

Pero esto es raro.

Porque saben perfectamente que las casas de citas se hallan vigiladas en estremo.

Y que no se puede entrar en ellas, sin ser muy en breve convocadas á la alcaldía.

En cuanto á las jóvenes vírgenes, ó á menores, las dueñas de casas de citas que las prostituyeran en su casa, se espondrian á persecuciones judiciales, cuya menor consecuencia seria el cierre de su establecimiento.

El abominable proxenetismo que consiste en la prostitucion de menores, es tanto mas raro, cuanto mejor organizada se halla la policia.

Pero los beneficios considerables que promete, tienden á renovarla incesantemente,

Apesar de las persecuciones,

Apesar de las cadenas judiciales con que se reprimen.

II.—En las capitales de provincia:

Sobre todo, en las marítimas, hay una clase de prostitutas aisladas, que la Administracion obliga á que se alojen en un barrio afecto á la prostitucion de baja estofa.

Habitan entresuelos ó cuartos bajos al piso de la calle.

Las prostitutas permanecen allí todo el dia,

Y amenudo, toda la noche, hasta la mañana,

Sentadas...

O en pié...

(«Prosedœ, Prostibulœ»)

Siempre en el umbral de la puerta, para llamar desde allí á los transeuntes.

De este modo, forman, en toda la longitud de la calle, una doble fila de centinelas.

Cámbianse, entre sí, interpelaciones roncas ó agudas.

Injurias.

A veces, hasta golpes.

Van y vienen de una casa á otra,

Adornadas con flores marchitas...

Calzadas con zuecos...

Desarrapadas.

Pintarrajeadas...

Avinadas...

Haciendo á los transeuntes signos y llamamientos obscenos...

Dando, en fin, á toda la calle, un aspecto estraño y repulsivo.

Viven en público.

La puerta de sus casas está siempre abierta.

Y se las vé en enaguas...

Y en camisa...

Vistiéndose...

Peinándose...

Guisando...

¡O comiendo!

El lecho que se percibe al fondo del tugurio, es una especie de enseña.

La puerta cerrada, indica á la protituta ocupada.

(«Ocupata.»)

Algunos de estos tugurios contien de 6 á 8 mujeres.

En el entresuelo, un ancha sala, amueblada de mesas y banquetas, sirve de taberna, digámoslo así.

Allí se reunen las prostitutas para beber, con sus clientes, antes de introducirlos en las alcobas.

Algunas veces tambien, se baila, á la luz de algunas velas.

Al sonido de un mal violin que toca en la calle.

Los marineros se entregan en estos sitios á orgías, algunas veces sangrientas, que recuerdan los buenos dias en que la «Salamandra» habia pagado los sueldos de su tripulacion.

(«Eugenio Sue.»)

En muchas ciudades de Francia, estas sentinas del vicio han sido definitivamente suprimidas.

Todas ellas han sido convertidas en casas cerradas,

Que son de dos maneras.

Las unas no difieren de las casas de la primera categoria descritas en el párrafo precedente, mas que por la calidad inferior del personal.

Las otras son una especie de fondas, afectas á las prostitutas de baja estofa, donde éstas, pagando un precio convenido por su arrendamiento (2 á 3 francos al dia) y por su alimento (1 franco 50 cénts.—á 2'50) hacen ellas mismas sus ingresos, de igual modo que se pagan sus gastos.

El reglamento es mas severo que en París.

El despacho de bebidas está prohibido en todas las casas habitadas por prostitutas.

Ne quis modici transiliat munera Liberi.
HORACIO.

«Para que nadie abuse de los presentes de Baco.»

A partir de las 11 de la mañana, toda jóven que llame la atencion por las calles,

O se presente á su puerta ó ventana...

Está en contravercion.

Sufre la multa;

(1 á 15 francos,)

Y la prision:

(1 á 5 dias.)

El «raccrochage», es un delito de ultrage público al pudor.

Sin embargo;

La embriaguez, escepcional casi siempre entre las prostitutas de primera categoria;

O entre las aisladas, alojadas en la ciudad, es muy frecuente entre las de la clase inferior.

El oficio de las prostitutas de baja estofa, es sumamente peligroso.

Amenudo, solo reciben golpes por único pago.

A veces son contusionadas y maltratadas por borrachos que recorren el barrio durante la noche, para procurarse el placer de distribuir cobardemente al azar puntapiés y puñetazos á las desgraciadas que se hallan de centinela en sus umbrales.

Si han reunido algun dinero;

Si se adornan con alhajas de algun precio, las prostitutas aisladas ofrecen fácil presa á los malvados, que su oficio las espone á recibir cada noche, y que las asesinan para robarlas.

Las mas miserable de las prostitutas de baja estofa vagan durante la noche por la calles desiertas de los barrios vecinos al sitio donde moran, á fin de ejercer con mas facilidad su oficio á favor de las tinieblas.

Estas son las pedregosas de que ya hemos hablado.

El salario que obtienen nunca pasa de 50 céntimos.

A veces menos.

Horribles, asquerosas;

Embrutecidas por la miseria y la embriaguez;

Cubiertas de sórdidos harapos;

Han alcanzado el último limite de la degradacion,

En las ciudades donde la policía es más facil, y al mismo tiempo más severa que en París, las prostitutas de baja estofa tienen amantes con los que parten su ganancia diaria.

Son por lo general:

Obreros libertinos,

Bribones,

Escapados de presidio,

Ladrones de profesion.

Pero no son estos «sostenedores» verdaderos,

Limítanse á hacer de espia para señalar de lejos las rondas de policía que se aproximan, á las prostitutas que intentan pescar á los transeuntes, por trages «incompletos,» ó por una elocuencia demasiado persuasiva.

Apprehensumque deosculator juvenem
et procaci vultu blanditur.
(Prov.)

«Se apodera del joven, le besa y le acaricia con descaro.»

Favorecen tambien las provocaciones públicas,
Y el «racorochage,» que la Administracion prohibe,
Y que castiga, como hemos dicho, con la multa y la prision.
Estos amantes son causas frecuentes de celos furiosos,
De riñas...
De verdaderas batallas.
El Carnaval es la fiesta de las prostitutas de todo género.
En esta epóca solemne, olvidan su oficio.
Entréganse al placer, por su propia cuenta.

Y se abandonan á una embriaguez, que el pueblo comparte con ellas.

Invaden los bailes públicos,

Asisten á los teatros,

Donde las mujeres más honradas se complacen en acudir á codearse con ellas.

Se apoderan en pleno dia de los mejores barrios de la ciudad;

Donde sus modales descarados no parecen, en dicha época, ofender el pudor de nadie.

Está convenido que las gentes honradas toleren en este tiempo las danzas y las palabras obscenas.

Y que el libertinage encuentre una especie de escusa en la periodicidad de su exaltacion.

En las oficinas de policía es donde comparecen, cuando son detenidas por contravenciones á los reglamentos vigentes.

Allí puede pasarse revista á las prostitutas.

Desde las más jóvenes y más bellas.

Hasta las mas viejas y mas asquerosas.

Allí es donde puede formarse una justa idea de las transformaciones que sufre la muger, bajo la influencia crónica del libertinage y de la embriaguez,

Asi como del universal desden.

Porque,

Quasi stercus ni via conculcabitur.
(Eccl.)

«Será aplastada, como los escrementos en un camino.»

Allí, bajo el nivel realmente igualitario de la reglamentacion administrativa, encuéntranse mezcladas todas las categorias.

La muger elegante, perfumada, desdeñosa que cena diariamente en la «Maison Dorée,» sentada al lado de la pobre andrajosa, que en el foso de las fortificaciones ha recibido de un soldado, en pago á su trabajo, la mitad de un pan de municion.

Mientras que allí se hallan, esperando el turno de ser llamadas por el gefe de servicio, el vestido de seda habla voluntariamente con los harapos apedazados.

Sus actitudes son muy variadas.

Algunas se burlan de todo.

Otras, tienen el aire soñoliento.

Las mas avezadas, intentan hacerse compadecer.

Y fingen llorar...

Y se escitan el llanto.

A veces, embrutecidas por la embriaguez permanente, tienen un flujo de palabras que nada puede detener.

En vano se las amenaza.

Se les dice, se les grita que se callen...

Su voz triunfante deja escapar frases sin ilacion.

Por lo demás, ya conocen que su estado intelectual no es muy claro, ni despejado.

Y ellas mismas dicen:

—«Je suis pavillon».

Su voz está enronquecida por los gritos.

Por la embriaguez.

Toda su persona exhala un edor infecto, extraño, tóxico.

A oirlas.. ¡son mas pobrecitas!

Los inspectores son unos tiranos;

Las quieren mal;

Las persiguen injustamente.

Si se les pregunta la razon de este ódio, de que tan amargamente se quejan, no saben qué responder.

Se las ha detenido con traperos...

Con tunantes...

Con gentes de mal vivir...

Pues bien:

¿Qué es lo que dicen?

Escuchémoslo:

«—Yo no soy, como esas mugeres, que tanto abundan.

Yo soy una persona decente.

Ya me conoceis.

Yo no me frecuento mas que con gente de categoria.»

La ignorancia y la imbecilidad de algunas de estas criaturas, sobrepuja á cuanto pudiera imaginarse.

No solamente no han penetrado nunca en ninguna iglesia, ni en ninguna escuela, sino que hasta ignoran el nombre de Dios.

No saben literalmente hablar.

Y nó porque no puedan articular sonidos...

Sino porque no tienen á su servicio el número de palabras necesarias para manifestar una idea.

A todas las preguntas responden:

—No sé.

—¿Vive todavia tu padre?

—No sé.

—¿Y tu madre?

—No sé.

—¿Que es lo que más te gusta á tí?

—No sé.

Estas mugeres embrutecidas no temen la prision.

Cuando se las condena, han olvidado casi siempre el delito que motivó su arresto.

Por otra parte:

La prision tiene la ventaja de reposarlas...

De limpiarlas...

De interrumpir el alcoholismo que las devora,

Y por lo mismo:

De mejorar su salud.

Algunas, como ciertos ladrones y vagabundos, acaban por preferir la detencion á la libertad.

Y buscan, por ende, la ocasion de hacerse detener.

La vieja prostituta se convierte en «pedregosa».

La pedregosa en mendiga.

Cuando se ha visto á todas estas mugeres desfilar ante sí, hay que quedarse estupefacto de su fealdad y de su edad.

Esto dá una idea estraña del hombre.

Al mirarlas, no puede comprenderse que vivan de su oficio.

Hasta la misma vejez no parece un obstáculo.

Una de ellas, detenida en el mes de Diciembre de 1869 y enviada á San Lázaro por ultrage público al pudor, habia nacido...

El 9 thermidor del año X.

¡O sea el año 1803!!

Otras, ya muy gastadas llegan, prematuramente á la decrepitud.

Hallamos la prueba de esto en una muger nacida en 1824.

Parecia centenaria.

Su existencia habia sido horrible.

Fue detenida 166 veces.

11 veces, para ser enviada á la enfermeria de San Lázaro.

9 veces, por robo.

71, por embriaguez...

«Tendida en el arroyo é insultando á los transuentes.»

(Asi dicen los registros).

3 veces, por enagenacion mental.

2, por tentativa de suicidio.

1, por riñas y puñaladas.

Desapareció al fin...

La creyeron muerta...

La borraron de los registros...

Pero volvió al cabo de poco tiempo.

Pidió como limosna que se le diese el pan del depósito de mendicidad.

Estaba epiléptica.

¡Tenia un tumor en la rodilla, que la impedia andar!

¡Horrible situacion la suya!

Las prostitutas procúranse la indulgencia.

Y dicen:

—¡Diez meses hace ya que no he sido presa!

O bien:

—¡Que quiere V.! ¡El «negocio» vá tan mal!

Hay prostitutas raquíticas.

Casi grotescas.

Débiles de inteligencia, de la que el sensualismo brutal ha abusado.

Son incapaces de ganarse la vida.

No saben más que comer...

Beber...

Y abandonarse al primero que llega...

O mendigar!...

. . . . . .

No hay que imaginarse que la «prostituta», una vez inscrita, se halla fatalmente destinada á envejecer y á morir en la prostitucion.

La verdad es que para la mayoría de ellas la prostitucion no pasa de ser un estado transitorio, como si dijéramos: una crísis peligrosa, pero pasajera.

Parent-Duchatelet dá el resúmen del tiempo transcurrido desde la inscripcion por 3517 prostitutas en ejercicio en París en fecha 31 de diciembre de 1831.

El cálculo indica un promedio de 5 años y 2 décimos.

Strohl dá el resultado del interrogatorio de 261 prostitutas en ejercicio en Estrasburgo en 1856.

El tiempo medio pasado desde su inscripcion era de 4 años 4 décimos.

913 prostitutas han dado á Dutasta en 1854 en Burdeos exactamente el mismo resultado que las 261 prostitutas interrogadas en Estrasburgo por Strohl, en cuanto al promedio de tiempo transcurrido desde su inscripcion, ó sea 4 años y 4 décimos; y de dichas 913 prostitutas, 783 estaban inscritas desde haria menos de 3 años.

En 1860, en Burdeos, una estadística fundada sobre la diferencia entre el promedio de edad en el momento de la inscripcion y el promedio de edad de las «muchachas» salidas de la prostitucion por radiacion, partida, desaparicion ó defuncion, daba, para cada prostituta, en promedio de 6 años pasados en el ejercicio del libertinaje y demostraba que, de cada 100 prostitutas, 10 por lo menos abandonan cada año su oficio para dedicarse á un mas honesto género de vida.

Así, pues, hay que admitir, ante todo, que la prostitucion es un período á menudo asaz corto la vida, puesto que, calculada sobre el total de prostitutas, su duracion no pasa de 5 á 6 años.

Durante el período de la prostitucion las probabilidades de muerte aumentan en proporcion considerable, á pesar de las aserciones en contrario, desprovistas de pruebas, de Parent-Duchatelet.

En Burdeos, durante los cinco años 1854—59—60—61—62, informes exactos han hado un promedio anual de 12, 80 defunciones por una poblacion media de 532 prostitutas, ó sea un 24 por 1000, mientras que á la edad (promedio) de 27 á 28 que es la suya, la mortalidad no debia pasar de 10 por 1000 aproximadamente.

Este peligro de la prostitucion no debe asombrarnos.

Pretender que el oficio de prostituta no es insalubre, fuera contradecir todas las nociones mas probadas de higiene, fuera pretender que las vigilias prolongadas, la borrachez, la gula, la

ociosidad, la miseria, la fatiga de los órganos vocales por los gritos ó las querellas, la sobreescitacion genital reiterada, y finalmente, la sífilis, no aumentan las probabilidades de muerte; y aun á ello hay que añadir los influjos morales de la pérdida del estado social, y de los malos tratamientos, que predisponen al suicidio y á las enfermedades mentales y disponen á la muerte accidental.

Pero ¿cómo acaban las desdichadas que, persistiendo en vivir en tan horrible oficio, escapan á las probabilidades de muerte que este acarrea?

Las mas mas afortunadas, raras escepciones, viejas, marchitas, abandonadas, casan con un tambor mayor, con un jóven peluquero, ó bien con un agente de negocios súcios; algunas llegan, por medio de sus economías, ó gracias á las liberalidades de un antiguo amante, á establecer un gabinete de lectura, una tienda de perfumeria, de modas, de sombreros, un almacen de paraguas, una guanteria, etc.

El alquiler está garantido y las mercancias pagadas por el protector, que mas tarde se convertirá en marido, si el establecimiento prospera.

Las mas perversas han encontrado medio, durante el periodo brillante de su carrera, de hacerse dirijir por sus amantes cartitas comprometedoras, las que procuran vender muy caras, cuando la pobreza las asedia; este manejo llámase «chantage.»

Algunas de tales mujeres sobresalen en él y saben por su medio procurarse recursos mas culpables todavía que los de que subsistian antaño.

A veces se las han con hombres recalcitrantes, quienes sin titubear, las denuncian á la Prefectura de policía; ésta entonces interviene y raro es que no salga victoriosa en la oficiosa mision de que se encarga.

Encuéntranse muchas antiguas prostitutas entre los «ouvreuses de loges» (acomodadoras de teatros), las porteras, las barrenderas, las criadas, las traperas, y las fruteras ambulantes que recorren las calles tirando de sus característicos carritos.

Cierto número de ellas, extenuadas por el alcoholismo, van á terminar sus dias en la Salpetriere ó sobre los gergones de los Depósitos de mendicidad de Saint-Denis y de Villers-Cotterets.

Este escorzo de las costumbres y hábitos de las prostitutas fuera incompleto, sino dijésemos algunas palabras tocante á su muerte y á sus funerales.

En París, las prostitutas se confunden en el total de indigentes que sucumben en los hospitales; mas no siempre sucede así en provincias.

Aquí, las prostitutas enfermas reciben de sus compañeras cuidados afectuosos y conmovedores casi; las que ha ganado algun dinero no regatean los socorros á la infeliz á quien la enfermedad ha reducido súbitamente á la miseria impidiéndole «dedicarse á su comercio»; y ciertamente «que jamás una mujer de barrio morirá por falta de una taza de caldo y un vaso de vino.»

Pero su caridad carece de luces y aun mas, de prevision, y el hospital viene casi siempre á ser el refugio en las enfermedades de larga curacion.

Los aproches de la muerte despiertan fácilmente en el alma de la oveja descarriada los recuerdos religiosos, y la mayor parte no rehusan en su última hora «confesarse al señor cura.»

Al ver el ahinco que muestran en prestar las honras fúnebres á sus compañeras, diríase que, al separarlas de la gente honrada, su profesion las une entre sí por una especie de parentesco.

Si la que ha muerto en su chiribitil es una de las mas miserables, sus vecinas se ponen de acuerdo para velarla por turno.

La víspera del entierro, todas las prostitutas de la vencidad acuden, unas en pos de otras, á arrodillarse á los piés del lecho mortuorio, y á hisopear el cadáver con agua bendita.

Al salir, depositan en una bandeja una ofrenda de algunos sueldos, destinada al pago de los gastos de la ceremonia funeraria.

El dia de las honras, comparecen en tropel, ora á la puerta del Hospital, ora al domicilio de la disputa, vestidas todas de luto y tocadas con blancos capillos.